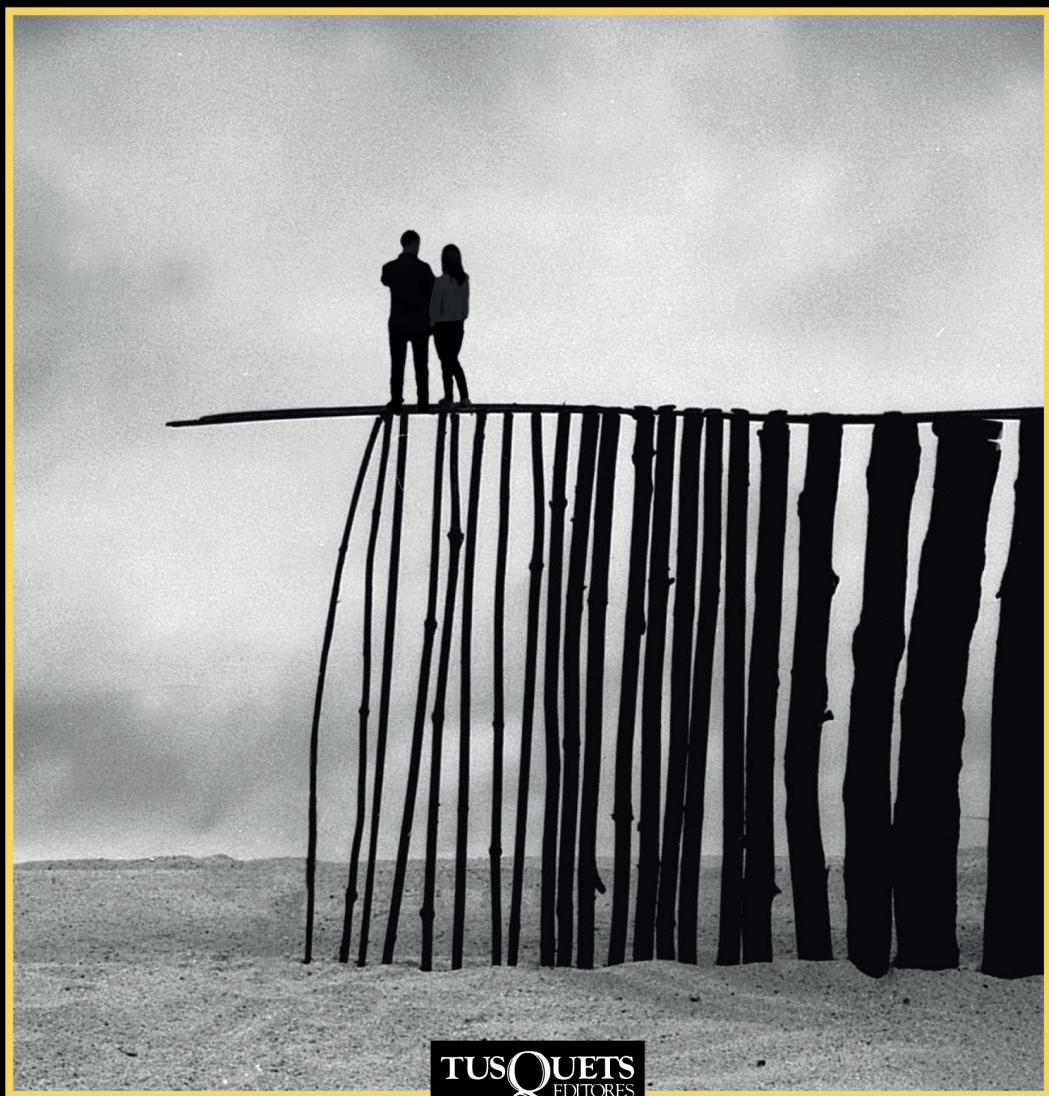


Fernando Ampuero

SEIS CAPÍTULO PERDIDOS

Y OTROS EXTRAVÍOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SEIS CAPÍTULO PERDIDOS
Y OTROS EXTRAVÍOS




colección andanzas

FERNANDO AMPUERO
SEIS CAPÍTULO PERDIDOS
Y OTROS EXTRAVÍOS



TUSQUETS
EDITORES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Seis capítulos perdidos y otros extravíos

© 2021, Fernando Ampuero

Retrato de autor: Soledad Cunliffe

Corrección de estilo: Leila Samán

Ilustración de portada: Imagen intervenida de Gilbert Garcin

Diseño de portada e interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello Tusquets

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2021

Tiraje: 500 unidades

ISBN: 978-612-4350-31-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100052

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2021-03566

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av. José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, mayo 2021

Índice

Prefacio	9
--------------------	---

I. Seis capítulos perdidos

1. El dios del fracaso / Libros nómades	13
2. Un huésped mordido / Octavio Paz	21
3. El botín del mar / ¡Habla, Mateo!	31
4. El autor enamorado / Vargas Llosa	37
5. Balazos al anochecer / Ribeyro y otros	45
6. Toño, mi querido Toño / Antonio Cisneros	55

II. Extravíos infames

Un baúl con cachivaches	71
Mientras paseaba al perro	79

III. Extravíos bíblicos

La borrachera de Noé	95
Moisés y la mujer del desierto	101

IV. Extravíos furtivos

La pereza / Un vago homenaje	111
Consejos para debutar como un viejo verde	115

V. Otros extravíos

Insectos, poetas, narradores	121
Federico Fellini / El artista inspirado	127
Marcel Duchamp / La ironía fecunda	133
José Tola / Un tímido feroz.	141
Los infiernos de Dostoievski	147
Sobre Wilde y Camus	153

VI. Y un extravío más (para las tablas)

Nota preliminar	161
Un fraude epistolar.	163



Prefacio

La primera parte de este libro misceláneo compila reminiscencias literarias; se trata de pasajes íntimos y parcialmente secretos, debería decir. Unos fueron sedimentando en la penumbra de mi memoria; otros, se escondieron a pleno sol —ojalá descifren la desfachatez de esta frase—, ya que solían aflorar en una que otra charla de sobremesa... ¿Y por qué les doy cabida en estas páginas? Por las dudas. Yo todavía no cierro el balance de mis extrañamientos. Con ligereza los he llamado «pasajes», pero, en fin, ahora estoy arrepentido. En verdad, son episodios, crónicas, o, para ser más precisos, capítulos perdidos, textos que más bien parecen restos, migajas, cenizas, provenientes de un núcleo compuesto por asuntos ambiguos vinculados a la amistad y la pasión creativa. Pero este libro, además, tiene extravíos de ropavejero. En la segunda parte presenta dos cuentos que conjugan infortunios y dilemas morales; en la tercera, semblanzas atípicas de personajes del Antiguo Testamento; en la cuarta, consejos peregrinos para un

relajado estilo de vida; en la quinta, un puñado de notas que responden a los extravíos maravillosos de la literatura, el cine y el arte, experiencias intensas que pretendo validar como actos vívidos y memorables de mi biografía; las emociones que estas me prodigan fluyen en mi corriente sanguínea... Por último, en la sexta parte, la más arbitraria, incluyo un extravío teatral basado en una divertida anécdota literaria acaecida en Lima, en 1904: un mundo que se esfumó para siempre. Oí esa anécdota cuando tenía dieciséis años, pero necesité esperar hasta el siglo XXI para escribir sobre ella.

Trabajé el libro en el 2020, en plena pandemia, con la idea de que podría constituir una obra póstuma. (Bueno, todavía no despejo esa incógnita). Por tal motivo, solté la mano; es decir, algunos de sus capítulos perdidos revelan una honestidad que cae en la indiscreción. No me estoy disculpando. Pero, si fuera así, quisiera que todos los amigos que aquí menciono —estén vivos o muertos— tengan la absoluta seguridad de que los quiero mucho y los extraño siempre.

F. A.

I. SEIS CAPÍTULOOS PERDIDOS



Capítulo 1

El dios del fracaso / Libros nómades

Imaginen a un muchacho corto de dinero que sale a recorrer mundo, imaginen que lleva una mochila a la espalda y arrastra una maleta llena de libros. La mochila, bien estibada, le permitía equilibrar el paso; pero aquella maleta libresca, sujeta con doble vuelta de correas, ¡demonios!, pesaba como el cadáver de un gorila. ¿Cuánto peso aceptaban llevar los transportes terrestres en aquel lejano 1971, época de su ilusionada partida? Igual que ahora. Solo había límites si viajabas en avión, no en buses y trenes, que siguen siendo bastante flexibles. El problema era otro: aún no se había inventado la piadosa maleta con rueditas y, para seguir adelante, no quedaba más que cargar.

De ahí que, resignándose, el atribulado muchacho padeciera por calles y plazas su devoto amor por la lectura. Resoplaba, afligía brazos y piernas; y cada cincuenta metros debía sentarse a descansar donde pudiera, en un banco o sobre la maleta.

Aclaremos lo que ustedes ya sospechan: el muchacho era yo, sí.

Y algunos se preguntarán: ¿a qué se debía el despropósito de esa maleta? ¿A un capricho juvenil? ¿Al ímpetu desmedido? Se debía a una terca inquietud: cada vez que salía de viaje pensaba que lo hacía para siempre, que jamás volvería al Perú. Y, en tales circunstancias, la idea de abandonar mis libros favoritos era algo impensable.

¿Cuántos libros de pergamino poseían los hombres de cultura en la Edad Media?, me decía. *¿Veinte, treinta?* Yo, por las dudas, escogí cuarenta.

Los autores que me acompañaban eran los mismos por quienes hoy mantengo velas encendidas: Voltaire, Stendhal, Fitzgerald, Hemingway, Camus, Hammett, Chéjov, Ribeyro, Conrad, Kerouac, Capote, Borges, Cortázar, Gombrowicz y Rulfo. Había otros autores, desde luego, pero eran de coyuntura; entre ellos, Debray, Trotsky y Marcuse, todos dedicados a estudios políticos que alborotaban a los jóvenes de los setenta.

Y esto, también, entrañaba otro problema. Cruzar las fronteras con libros de Trotsky y Gramsci cuando viajabas por el sur de América Latina, plagado de dictaduras militares, era una locura. Sin embargo, yo tuve una suerte inaudita. ¿Sería por mi aire distraído? ¿Por mi aura ingenua? Los aduaneros, indiferentes, dejaban pasar mi maleta; ni siquiera la abrían. Supe después que otros viajeros acabaron presos y sometidos a terribles interrogatorios por esa clase de «obras subversivas». Nada de esto me sucedió; mis libros circularon plácidamente por el altiplano de Bolivia, la selva de Brasil, las costas

de Uruguay y Argentina, la cordillera de Chile. Aunque hubo situaciones penosas, desde luego; por ejemplo, pasé dos noches de calabozo en São Paulo, pero fue por una batida policial que limpiaba las calles de putas y vagos (afortunadamente, no andaba arrastrando la maleta; la había dejado en casa de una amiga). Luego, en Montevideo, estuve igualmente en peligro mientras caminaba por calles y avenidas que lucían muy solitarias: ignoraba que la guerrilla tupamara había secuestrado a Sir Geoffrey Jackson, el embajador británico, por lo cual regía el estado de sitio; es decir, los arrestos y las palizas estaban a la orden del día, e incluso corría el ridículo rumor de que capturaban a las palomas de los parques, sospechosas de ser mensajeras.

El momento más serio del viaje se dio después. Mermado por gastos imprevistos —los errores de cálculo, los antojos del camino, la cárcel—, partí hacia Colonia y abordé el aliscafo. Y, cuando cruzaba el Río de la Plata, pálido y con la ropa trajinada, esboqué una sonrisa. Considerando que tenía un hambre de fiera y una raquítica billetera, ¡con apenas dos dólares!, no había razón para sonreír; pero así actué, misteriosamente. Luego, al pisar Buenos Aires, me detuve en una vereda, erguido, la mochila y la maleta entre las piernas. Por aquella época, la zona del muelle, que los porteños llamaban El Bajo, era un barrio de marineros y malandrines, no el distrito elegante que hoy se conoce como Puerto Madero. Miré alrededor y preví complicaciones.

Lo lógico hubiese sido que comiera un sándwich y luego me dispusiera a cargar bultos para ganar algún dinero. En vez de eso, hice algo absurdo: llamé un taxi e indagué acerca de algún lugar cercano adonde acudían «las personas en quiebra». Me tocó un taxista joven y nuevo en el oficio, aunque andaba bien informado: sugirió dos hospedajes de miserables. De los que nombró, elegí el albergue de beneficencia The Salvation Army, liga evangélica antialcohólica, que también daba cobijo a otra clase de necesitados.

Había oído opiniones sobre ese albergue. Se dormía mal, decían, porque los dormitorios eran comunes y grandes como almacenes, pero los baños estaban limpios y en buen estado. Y, aun cuando el albergue era manejado por una cofradía religiosa de pulcra indumentaria militar, nadie te obligaba a escuchar sermones. Eran individuos relajados y alegres: hacían música en la calle antes de pasar el sombrero. Sus bandas, llenas de instrumentos de viento, se habían granjeado la simpatía de los jóvenes contestatarios del mundo, desde 1966, cuando apareció *Blonde on Blonde*, memorable álbum de Bob Dylan que incluía «Everybody must get stoned», canción que, según se decía, ningún estudio quiso grabar. Lo cierto es que The Salvation Army Band de Nueva York hizo el acompañamiento musical. «Everybody must get stoned», prohibida en sus inicios en varios radios de Inglaterra y los Estados Unidos, se convirtió en un himno a la marihuana, considerada entonces la cervecita de las drogas.

—Tengo dos dólares —le dije al taxista—. ¿Me alcanza este dinero para que me lleve?

—No —contestó—, pero igual lo llevo. Es cerca. Suba.

Cuando el taxista tomó la maleta de libros, se sorprendió:

—¡Cómo pesa esto, che! ¿Qué trae aquí?

—Libros —respondí.

—¿Libros?... ¿Para venderlos?

—No. Para leerlos, aunque la mayoría son para releer.

Un oficial corpulento me recibió en el albergue y se saltó la formalidad de inquirir sobre la causa de mis penurias. «Ya tendremos tiempo para hablar de eso», dijo, en tanto me conducía directamente al dormitorio principal. Era un galpón: un espacio rectangular con altas columnas de hierro, de unos cuarenta metros de largo y dos filas de camas perfectamente alineadas, una frente a la otra.

—¿En qué lado prefiere estar? —preguntó el oficial, que sabía conjugar una actitud expeditiva con un marcado acento de porteño barriobajero—. ¿Derecha o izquierda?

—¿Cuál es la diferencia?

—A la izquierda duermen los epilépticos; a la derecha, los alcohólicos.

No lo dudé un segundo.

—Con los alcohólicos, por favor —dije. Y vi que el oficial sonreía con resignación—. Es que los alcohóli-

cos me son más familiares —expliqué presuroso, intentando que no resultara ofensiva mi preferencia.

Guardé mi equipaje en un casillero con candado y recibí una toalla, una barra de jabón y la llave del candado. Poco después, tomé una ducha y, al dar las seis de la tarde, ya vestido, el oficial me señaló una cama libre a la mitad de la fila, la número 25. «Esa es la tuya», dijo. Se veía poca gente en el dormitorio, pues la mayoría andaba buscando trabajo o bebiendo vino, que era lo habitual. Pero advertí que la cama vecina estaba ocupada. Un tipo que iba por delante acababa de sentarse en ella, repantigándose contra la cabecera, y, desde lejos, vi que tomaba un pulóver y lo estudiaba con detenimiento.

Era un hombre alto, fuerte, con un rostro de colores saludables; andaría por los veintiocho años. Yo venía secándome la melena con la toalla y me senté en mi cama, en silencio. El vecino ni siquiera me miró. Pude fijarme (aunque mirándolo de soslayo, para no ser impertinente) que en una esquina de su cama había un ejemplar del diario *Clarín*, abierto en la página de los avisos de empleos, tres marcados a lapicero con un círculo. Entonces se volvió hacia mí con arrogancia: vi que sus ojos eran azules y su cabeza era grande y sólida como de estatua clásica: bucles, nariz recta, labios perfectamente dibujados. ¿*Quién es este tipo?*, pensé extrañado, como quien mira a alguien que está fuera de lugar. *Parece un dios griego... ¿Cómo vino a parar aquí?*

El dios griego alzó una mano. Advertí de pronto una aguja y un hilo en el aire, y comprendí que estaba zureciendo el pulóver.

—¿Vos ves esto, pibe? —dijo con voz grave sin mirarme, mientras daba otra puntada al pulóver—. Esto es el fracaso, ¿entendés?... El fracaso...

Permanecí quieto y callado. Como cualquier mortal, yo sabía de esfuerzos inútiles y derrotas, aunque no podía concebir que alguien tan joven y fuerte (con apenas ocho o diez años más que yo) hablara del fracaso, menos aún en ese tono de voz claudicante. La vida recién empezaba para mí y era incapaz de ponerme en su lugar.

—¡Mirá bien esto que hago! —agregó el dios griego—. No tengo guita ni para comprar un pulóver. ¡Y fijate que hice estudios!... Esto es el fracaso...

Tres días después salí del albergue. Unos parientes lejanos, a quienes visité en Buenos Aires, me prestaron el dinero suficiente para continuar mi camino, y de ahí en adelante recuperé los bríos y no cesaron mis viajes, ni el descubrimiento del mundo.

A mi vecino de cama, el dios griego, no lo volví a ver más. ¿Qué habrá sido de él? ¿Saldría de aquel pernicioso abatimiento? A lo largo de la vida, particularmente de los viajes aventureros y llenos de vicisitudes, uno conoce a mucha gente de toda condición, hombres y mujeres interesantísimos, algunos de ellos de mente soberbia, digna de admiración, pero también —y estos

abundan— gente de la calle, individuos intrascendentes que rara vez nos dejan un vívido recuerdo. Con el dios griego, sin embargo, no ocurrió eso; él dejó en mí una terrible sensación de zozobra y desamparo que no he podido olvidar, un estremecimiento que siempre logra abrirse paso.

